

Tambien es opinion de Plinio; segun lo escribe en el lib. 8., cap. 22., que entre los árcades hay un género de gente, la cual pasando un lago, cuelga los vestidos que lleva de un encina, y se entra desnudo la tierra adentro, y se junta con la gente que allí halla de su linaje en figura de lobos, y está con ellos nueve años, al cabo de los cuales vuelve á pasar el lago, y cobra su perdida figura; pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo hay, pasa en la imaginacion, y no realmente. No sé, dijo Rutilio: lo que sé es, que maté la loba, y hallé muerta á mis piés la hechicera. Todo eso puede ser, replicó Mauricio; porque la fuerza de los hechizos de los maléficos y encantadores, que los hay, nos hace ver una cosa por otra; y quede desde aquí asentado, que no hay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza. Gusto me ha dado grande, dijo Arnaldo, el saber esta verdad, porque tambien yo era uno de los crédulos deste error, y lo mismo debe de ser lo que las fábulas cuentan de la conversion en cuervo del rey Artus de Ingalaterra, tan creida de aquella discreta nacion, que se abstiene de matar cuervos en toda la isla. No sé, respondió Mauricio, de dónde tomó principio esa fábula tan creida como mal imaginada.

En esto fueron razonando casi toda la noche, y al despuntar del dia dijo Clodio, que hasta allí habia estado oyendo y callando: Yo soy un hombre á quien no se le da por averiguar estas cosas un dinero: ¿qué se me da á mí que haya lobos hombres, ó no, ó que los reyes anden en figuras de cuervos ó de águilas, aunque si se hubiesen de convertir en aves, ántes querria que fuesen en palomas, que en milanos? Paso, Clodio, no digas mal de los reyes, que me parece que te quieres dar algun filo á la lengua para cortarles el crédito. No, respondió Clodio, que el castigo me ha puesto una mordaza en la boca, ó por mejor decir, en la lengua, que no consiente que la mueva, y así ántes pienso de aquí adelante reventar callando que alegrarme hablando: los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas, si á unos alegran, á otros entristecen; contra el callar no hay castigo ni respuesta; vivir quiero en paz los dias que me quedan de la vida á la sombra de tu generoso amparo, puesto que por momentos me fatigan ciertos ímpetus maliciosos que me hacen bailar la lengua en la boca, y malograrse entre los dientes mas de cuatro verdades que andan por salir á la plaza del mundo: sírvase Dios con todo. A lo que dijo Auristela: De estimar es, ó Clodio, el sacrificio que haces al cielo de tu silencio. Rosamunda, que era una de las llegadas á la conversacion, volviéndose á Auristela, dijo: El dia que Clodio fuere callado, seré yo buena, porque en mí la torpeza, y en él la murmuracion son naturales, puesto que mas esperanza puedo yo tener de enmendarme que no él, porque la hermosura se envejece con los años, y faltando la belleza menguan los torpes deseos; pero sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdiccion el tiempo, y así los ancianos murmuradores hablan mas cuanto mas viejos, porque han visto mas, y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado y recogido á la lengua. Todo es malo, dijo Transila, cada cual por su camino va á parar á su perdicion. El que nosotros ahora hacemos, dijo Ladislao, próspero y felice ha de ser, segun el viento se muestra favorable y el mar tranquilo. Así se mostraba esta pasada noche, dijo la bárbara Constanza, pero el sueño del señor Mauricio nos

puso en confusion y alborotó tanto, que ya yo pensé que nos habia sorbido el mar á todos. En verdad, señora, respondió Mauricio, que si yo no estuviera enseñado en la verdad católica, y me acordara de lo que dice Dios en el Levítico: No seais agoreros, ni deis crédito á los sueños, porque no á todos es dado el entenderlos: que me atreviera á juzgar del sueño que me puso en tan gran sobresalto, el cual, segun á mí parecer, no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños; que cuando no son revelaciones divinas, ó ilusiones del demonio, proceden, ó de los muchos manjares que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido comun, ó ya de aquello que el hombre trata mas de dia. Ni el sueño que á mí me turbó cae debajo de la observacion de la astrología, porque sin guardar puntos ni observar astros, señalar rumbos ni mirar imágenes, me pareció ver visiblemente que en un gran palacio de madera, donde estábamos todos los que aquí vamos, llovian rayos del cielo que le abrian todo, y por las bocas que hacian descargaban las nubes, no solo un mar, sino mil mares de agua; de tal manera, que creyendo que me iba anegando, comencé á dar voces y á hacer los mismos ademanes que suele hacer el que se anega, y aun no estoy tan libre deste temor que no me queden algunas reliquias en el alma; y como sé que no hay mas cierta astrología que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, ¿qué mucho que yendo navegando en un navío de madera tema rayos del cielo, nubes del aire y aguas de la mar? Pero lo que mas me confunde y suspende es, que si algun daño nos amenaza, no ha de ser de ningun elemento, que destinada y precisamente se disponga á ello, sino de una traicion forjada, como ya otra vez he dicho, en algunos lascivos pechos. No me puedo persuadir, dijo á esta sazón Arnaldo, que entre los que van por el mar navegando puedan entremetarse las blanduras de Venus, ni los apetitos de su torpe hijo: al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte guardándose para mejor vida.

Esto dijo Arnaldo, por dar á entender á Auristela y á Periandro, y á todos aquellos que sus deseos conocian, cuán ajustados iban sus movimientos con los de la razon; y prosiguió diciendo: El príncipe, justa razon es que viva seguro entre sus vasallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del príncipe. Así es, respondió Mauricio, y aun es bien que así sea: pero dejemos pasar este dia, que si él da lugar á que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pediré y las daré albricias del buen suceso.

Iba el sol á esta sazón á ponerse en los brazos de Tétis, y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta allí habia tenido; soplabla favorable el viento, por parte ninguna se descubrian celajes que turbasen los marineros: el cielo, la mar, el viento, todos juntos y cada uno de por sí prometian felicísimo viaje, cuando el prudente Mauricio dijo en voz turbada y alta: Sin duda nos anegamos, anegámonos sin duda.

CAPITULO XIX.

Donde se da cuenta de lo que dos soldados hicieron, y la division de Periandro y Auristela.

A cuyas voces respondió Arnaldo: ¿Cómo es esto, ó gran Mauricio? ¿Qué aguas nos sorben, ó qué mares nos tragan, qué olas nos embisten? La respuesta que le die-

ron á Arnaldo, fué ver salir debajo de la cubierta á un marinero despavorido, echando agua por la boca y por los ojos, diciendo con palabras turbadas y mal compuestas: Todo este navío se ha abierto por muchas partes, el mar se ha entrado en él tan á rienda suelta, que presto le veréis sobre esta cubierta. Cada uno atiende á su salud y á la conservacion de la vida. Acógete, ó príncipe Arnaldo, al esquife ó á la barca, y lleva contigo las prendas que mas estimas, ántes que tomen entera posesion de ellas estas amargas aguas. Estancó en esto el navío sin poderse mover, por el peso de las aguas de quien ya estaba lleno; amainó el piloto todas las velas de golpe, y todos sobresaltados y temerosos acudieron á buscar su remedio: el Príncipe y Periandro fueron al esquife, y arrojándole al mar pusieron en él á Auristela, Transila, Ricla y á la bárbara Constanza, entre las cuales, viendo que no se acordaban della, se arrojó Rosamunda, y tras ella mandó Arnaldo entrarse Mauricio.

En este tiempo andaban dos soldados descolgando la barca, que al costado del navío venia asida, y el uno de ellos, viendo que el otro queria ser el primero que entrase dentro, sacando un puñal de la cinta, se le envainó en el pecho, diciendo á voces: Pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva á tí de castigo, y á mí de escarmiento, á lo ménos el poco tiempo que me queda de vida; y diciendo esto, sin querer aprovecharse del acogimiento que la barca le ofrecia, desesperadamente se arrojó al mar, diciendo á voces y con mal articuladas palabras: Oye, ó Arnaldo, la verdad que te dice este traidor, que en tal punto es bien que la diga: yo y aquel á quien me viste pasar el pecho, por muchas partes abrimos y taladramos este navío, con intencion de gozar de Auristela y de Transila, recogióndolas en el esquife; pero habiendo visto yo haber salido mi desinio contrario de mi pensamiento, á mi compañero quité la vida, y á mí me doy la muerte; y con esta última palabra se dejó ir al fondo de las aguas, que le estorbaron la respiracion del aire y le sepultaron en perpetuo silencio: y aunque todos andaban confusos y ocupados, buscando, como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio, no dejó de oír las razones Arnaldo del desesperado, y él y Periandro acudieron á la barca, y habiendo ántes que entrasen en ella ordenado que entrase en el esquife Antonio el mozo, sin acordarse de recoger algun bastimento, él, Ladislao, Antonio el padre, Periandro y Clodio se entraron en la barca, y fueron á abordar con el esquife, que algun tanto se habia apartado del navío, sobre el cual ya pasaban las aguas, y no se parecia dél sino el árbol mayor, como en señal que allí estaba sepultado. Llegóse en esto la noche, sin que la barca pudiese alcanzar al esquife, desde el cual daba voces Auristela, llamando á su hermano Periandro, que la respondia, reiterando muchas veces su para él dulcísimo nombre. Transila y Ladislao hacian lo mismo, y encontrábanse en los aires las voces de dulcísimo esposo mio y amada esposa mia, donde se rompian sus disinios, y se deshacian sus esperanzas, con la imposibilidad de no poder juntarse, á causa que la noche se cubria de oscuridad, y los vientos comenzaron á soplar de partes diferentes: en resolucion, la barca se apartó del esquife, y como mas lijera y ménos cargada voló por donde el mar y el viento quisieron llevarla: el esquife mas con la pesadumbre que con la carga de los que en él iban, se quedó como si apostara

quisieran que no navegara; pero cuando la noche cerró con mas oscuridad que al principio, comenzaron á sentir de nuevo la desgracia sucedida, viéronse en mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del cielo, y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tierra, el esquife sin remos y sin bastimentos, y la hambre solo detenida de la pesadumbre que sintieron.

Mauricio, que habia quedado por patron y por marinero del esquife, ni tenia con qué ni sabia cómo guialle, ántes segun los llantos, gemidos y suspiros de los que en él iban, podia temer que ellos mismos le anegarian: miraba las estrellas, y aunque no parecia de todo en todo, algunas que por entre la oscuridad se mostraban le daban indicio de venidera serenidad, pero no le mostraban en qué parte se hallaba: no consintió el sentimiento que el sueño aliviase su angustia, porque se les pasó la noche velando, y se vino el dia no á mas andar como dicen, sino para mas pensar, porque con él descubrieron por todas partes el mar cerca y léjos, por ver si topaban los ojos con la barca que les llevaba las almas, ó algun otro bajel que les prometiese ayuda y socorro en su necesidad; pero no descubrieron otra cosa que una isla á su mano izquierda, que juntamente los alegró y los entristeció: nació la alegría de ver cerca la tierra, y la tristeza de la imposibilidad de poder llegar á ella, si ya el viento no les llevase. Mauricio era el que mas confiaba de la salud de todos por haber hallado, como se ha dicho, en la figura que como judiciario habia levantado, que aquel suceso no amenazaba muerte, sino descomodidades casi mortales. Finalmente, el favor de los cielos se mezcló con los vientos, que poco á poco llevaron el esquife á la isla, y les dió lugar de tomarle en la tierra en una espaciosa playa no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve que toda la cubria: miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrezcan; la nieve de la desierta playa les pareció blanda arena, y la soledad compañía. Unos en brazos de otros desembarcaron, el mozo Antonio fué el Atlante de Auristela y de Transila, en cuyos hombros tambien desembarcaron Rosamunda y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de un peñon, que no léjos de la playa se mostraba, habiendo ántes como mejor pudieron, varado el esquife en tierra, poniendo en él despues de en Dios su esperanza.

Antonio, considerando que la hambre habia de hacer su oficio, y que ella habia de ser bastante á quitarles las vidas, aprestó su arco, que siempre de las espaldas le colgaba, y dijo que él queria ir á descubrir la tierra por ver si hallaba gente en ella ó alguna caza que socorriese su necesidad. Vinieron todos con su parecer, y así se entró con lijero paso por la isla, pisando, no tierra, sino nieve tan dura por estar helada, que le parecía pisar sobre pedernales. Siguióle, sin que él lo echase de ver, la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los demas, que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba á dejallos. Volvió la cabeza Antonio á tiempo y en lugar adonde nadie los podia ver, y viendo junto á sí á Rosamunda, le dijo: La cosa de que ménos necesidad tengo, en esta que agora padecemos, es la de tu compañía; ¿qué quieres, Rosamunda? vuélvete, que ni tú tienes armas con que matar género de caza alguna, ni yo podré acomodar el paso á esperarte que me sigas. ¡Oh inexperto mozo, res-

pondió la mujer torpe, y cuán léjos estás de conocer la intencion con que te sigo y la deuda que me debes! y en esto se llegó junto á él, y prosiguió diciendo: Ves aquí, ó nuevo cazador, mas hermoso que Apolo, otra nueva Dafne que no te huye, sino que te sigue: no mires que ya á mi belleza la marchita el rigor de edad lijera siempre, sino considera en mí á la que fué Rosamunda, domadora de las cervices de los reyes y de la libertad de los mas exentos hombres: yo te adoro, generoso jóven, y aquí entre estos hielos y nieves el amoroso fuego me está haciendo ceniza el corazon: gocémosnos, y tenme por tuya, que yo te llevaré á parte donde llenes las manos de tesoros, para tí sin duda alguna de mí recogidos y guardados, si llegamos á Ingalaterra, donde mil bandos de muerte tienen amenazada mi vida. Escondido te llevaré adonde te entregues en mas oro que tuvo Midas, y en mas riquezas que acumuló Cresos.

Aquí dió fin á su plática, pero no al movimiento de sus manos que arremetieron á detener las de Antonio, que de sí las apartaba; y entre esta tan honesta como torpe contienda decia Antonio: Detente, ó arpa, no turbes ni afees las limpias mesas de Fineo; no fuerces, ó bárbara egipcia, ni incites la castidad y limpieza deste que no es tu esclavo; tarázate la lengua, sierpe maldita, no pronuncies con deshonestas palabras lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos. Mira el poco lugar que nos queda desde este punto al de la muerte que nos está amenazando con la hambre y con la incertidumbre de la salida deste lugar, que puesto que fuera cierta, con otra intencion la acompañara que con la que me has descubierto; desvíate de mí y no me sigas, que castigaré tu atrevimiento y publicaré tu locura; si te vuelves mudaré propósito, y pondré en silencio tu desvergüenza; si no me dejas, te quitaré la vida: oyendo lo cual la lasciva Rosamunda, se le cubrió el corazon de manera que no dió lugar á suspiros, á ruegos ni á lágrimas: dejóla Antonio sagaz y advertido. Volvióse Rosamunda, y él siguió su camino, pero no halló en él cosa que le asegurase, porque las nieves eran muchas y los caminos ásperos, y la gente ninguna; y advirtiéndole que si adelante pasaba, podia perder el camino de vuelta, se volvió á juntar con la compañía: alzaron todos las manos al cielo, y pusieron los ojos en la tierra, como admirados de su desventura: á Mauricio dijeron que volvieron al mar el esquife, pues no era posible remediarse en la imposibilidad y soledad de la isla.

CAPITULO XX.

De un notable caso que sucedió en la isla nevada.

A poco tiempo que pasó del día, desde léjos vieron venir una nave gruesa que les levantó las esperanzas de tener remedio: amainó las velas, y pareció que se dejaba detener de las áncoras, y con diligencia presta arrojaron el esquife á la mar, y se vinieron á la playa, donde ya los tristes se arrojaban al esquife. Auristela dijo que sería bien que aguardasen los que venían por saber quién eran. Llegó el esquife de la nave y encalló en la fria nieve, y saltaron en ella dos, al parecer, gallardos y fuertes manebos, de extremada disposicion y brio, los cuales sacaron encima de sus hombros á una hermosísima doncella, tan sin fuerzas y tan desmayada, que parecia que no le daba lugar para llegar á tocar la tierra: llamaron á voces los que estaban ya embarcados en el otro esquife, y

les suplicaron que se desembarcasen á ser testigos de un suceso que era menester que los hubiese. Respondió Mauricio que no habia remos para encaminar el esquife, si no les prestaban los del suyo. Los marineros con los suyos guiaron los del otro esquife, y volvieron á pisar la nieve: luego los valientes jóvenes asieron de dos tablachinas con que cubrieron los pechos, y con dos cortadoras espadas en los brazos saltaron de nuevo en tierra. Auristela, llena de sobresalto y temor, casi con certidumbre de algun nuevo mal, acudió á ver la desmayada y hermosa doncella, y lo mismo hicieron todos los demás. Los caballeros dijeron: Esperad, señores, y estad atentos á lo que queremos deciros: este caballero y yo, dijo el uno, tenemos concertado de pelear por la posesion desa enferma doncella que ahí veis: la muerte ha de dar la sentencia en favor del otro, sin que haya otro medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia, si ya no es que ella de su voluntad ha de escoger cuál de nosotros ha de ser su esposo, con que hará envainar vuestras espadas y sosegar nuestros espíritus; lo que pedimos es no estorbeis en manera alguna nuestra porfia, la cual llevaremos hasta el cabo sin tener temor que nadie nos la estorbara, si no os hubiéramos menester para que miráredes si estas soledades pueden ofrecer algun remedio para dilatar siquiera la vida desa doncella, que es tan poderosa para acabar las nuestras. La priesa que nos obliga á dar conclusion á nuestro negocio no nos da lugar para preguntaros por agora quién sois ni cómo estáis en este lugar tan solo y tan sin remos, que no los teneis, segun parece, para desviaros desta isla tan sola, que aun de animales no es habitada. Mauricio les respondió que no saldrian un punto de lo que querian, y luego echaron los dos mano á la espada, sin querer que la enferma doncella declarase primero su voluntad, remitiendo ántes su pendencia á las armas que á los deseos de la dama. Arremetieron el uno contra el otro, y sin mirar reglas, movimientos, entradas, salidas y compases, á los primeros golpes el uno quedó pasado el corazon de parte á parte, y el otro abierta la cabeza por medio: este le concedió el cielo tanto espacio de vida que le tuvo de llegar á la doncella y juntar su rostro con el suyo, diciéndole: Venci, señora; mia eres, y aunque ha de durar poco el bien de poseerte, en pensar que un solo instante te podré tener por mia, me tengo por el mas venturoso hombre del mundo: recibe, señora, esta alma, que envuelta en estos últimos alientos te envío, dales lugar en tu pecho, sin que pidas licencia á tu honestidad, pues el nombre de esposo á todo esto da licencia.

La sangre de la herida bañó el rostro de la dama, la cual estaba tan sin sentido, que no respondió palabra: los dos marineros que habian guiado el esquife de la nave saltaron en tierra, y fuéron con presteza á requerir, así al muerto de la estocada, como al herido en la cabeza, el cual puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, envió su alma á los aires, y dejó caer el cuerpo sobre la tierra. Auristela, que todas estas acciones habia estado mirando, ántes de descubrir y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegó de propósito á mirarla, y limpiándole la sangre que habia llovido del muerto enamorado, conoció ser su doncella Taurisa, la que lo habia sido al tiempo que ella estuvo en poder del príncipe Arnaldo, que le habia dicho la dejaba

en poder de dos caballeros, que la llevasen á Irlanda, como queda dicho. Auristela quedó suspensa, quedó atónita, quedó mas triste que la tristeza misma, y mucho mas cuando vino á conocer que la hermosa Taurisa estaba sin vida. ¡Ay, dijo á esta sazón, con qué prodigiosas señales me va mostrando el cielo mi desventura, que si se rematara con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa; que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten y entretengan, hacen dichosa la vida! ¿Qué red barredera es esta con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? Qué imposibles son estos que descubro á cada paso de mi remedio? Mas pues aquí son excusados los llantos y son de ningun provecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos por ahora á la piedad, y enterramos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos; y luego pidió á Mauricio pidiese á los marineros del esquife volbiesen al navío por instrumentos para hacer las sepulturas. Hizolo así Mauricio, y fué á la nave con intencion de concertarse con el piloto ó capitán que hubiese, para que los sacase de aquella isla, y los llevase adonde quiera que fuesen. En este entre tanto tuvieron lugar Auristela y Transila de acomodar á Taurisa para enterralla, y la piedad y honestidad cristiana no consintió que la desnudasen.

Volvió Mauricio con los instrumentos, habiendo negociado todo aquello que quiso: hizose la sepultura de Taurisa, pero los marineros no quisieron, como católicos, que se hiciese ninguna á los muertos en el desafío. Rosamunda, que despues que volvió de haber declarado su mal pensamiento al bárbaro Antonio, nunca habia alzado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenian aterrados, al tiempo que iban á sepultar á Taurisa, levantando el rostro, dijo: Si os preciais, señores, de caritativos, y si anda en vuestros pechos al par la justicia y la misericordia, usad destas dos virtudes conmigo: yo desde el punto que tuve uso de razon, no la tuve, porque siempre fui mala con los años verdes y con la hermosura mucha: con la libertad demasiada y con la riqueza abundante se fuéron apoderando de mí los vicios de tal manera, que han sido y son en mí como accidentes inseparables. Ya sabeis, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pié sobre las cervices de los reyes, y he traído á la mano que he querido las voluntades de los hombres; pero el tiempo, salteador y robador de la humana belleza de las mujeres, se entró por la mia tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea que desengañada; mas como los vicios tienen asiento en el alma, que no envejece, no quieren dejarme, y como yo no les hago resistencia, sino que me dejo ir con la corriente de mis gustos, heme ido ahora con el que me da el ver siquiera á este bárbaro muchacho, el cual aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde á la mia, que es de fuego, con la suya, que es de helada nieve; véome despreciada y aborrecida, en lugar de estimada y bien querida: golpes que no se pueden resistir con poca paciencia y con mucho deseo. Ya, ya la muerte me va pisando las faldas y extiende la mano para alcanzarme de la vida: por lo que veis que debe la bondad del pecho que la tiene al miserable que se le encomienda, os suplico que cubrais mi fuego con hielo, y me enterreis en esa sepultura; que puesto que mezcléis mis lascivos huesos con los desa casta doncella, no los contaminarán; que las reliquias buenas siempre lo son donde quiera que es-

tén: y volviéndose al mozo Antonio prosiguió: Y tú, arrogante mozo, que agora tocas ó estás para tocar los márgenes y rayas del deleite, pide al cielo que te encamine de modo, que ni te solicite edad larga, ni marchita belleza; y si yo he ofendido tus recientes oídos, que así los puedo llamar, con mis inadvertidas y no castas palabras, perdóname, que los que piden perdón en esto trance, por cortesía siquiera merecen ser, si no perdonados, á lo ménos escuchados: esto diciendo, dió un suspiro envuelto en un mortal desmayo.

CAPITULO XXI.

Salen de la isla nevada en el navío de los cosarios.

Yo no sé, dijo Mauricio á esta sazón, qué quiere este que llaman amor por estas montañas, por estas soledades y riscos, por entre estas nieves y hielos, dejándose allá los Páfos, Gnidos, las Cipres, los Eliseos campos de quien huye la hambre, y no llega incomodidad alguna: en el corazon sosegado, en el ánimo quieto tiene el amor deleitable su morada, que no en las lágrimas ni en los sobresaltos. Auristela, Transila, Constanza y Riela quedaron atónitas del suceso, y con callar le admiraron, y finalmente con no pocas lágrimas enterraron á Taurisa, y despues de haber vuelto Rosamunda del pasado desmayo, se recogieron y embarcaron en el esquife de la nave, donde fuéron bien recibidos y regalados de los que en ella estaban, satisfaciendo luego todos la hambre que les aquejaba; solo Rosamunda, que estaba tal que por momentos llamaba á las puertas de la muerte. Alzaron velas, lloraron algunos los capitanes muertos, y instituyeron luego uno que lo fuese de todos, y siguieron su viaje, sin llevar parte conocida donde le encaminasen, porque era de cosarios y no irlandeses, como á Arnaldo le habian dicho, sino de una isla rebelada contra Ingalaterra. Mauricio mal contento de aquella compañía, siempre iba temiendo algun reves de su acelerada costumbre y mal modo de vivir, y como viejo y experimentado en las cosas del mundo, no le cabia el corazon en el pecho, temiendo que la mucha hermosura de Auristela, la gallardía y buen parecer de su hija Transila, los pocos años y nuevo traje de Constanza no despertasen en aquellos cosarios algun mal pensamiento. Serviales de Argos el mozo Antonio, de lo que sirvió el pastor de Anfriso: eran los ojos de los dos centinelas no dormidas, pues por sus cuartos la hacian á las mansas y hermosas ovejuelas que debajo de su solicitud y vigilancia se amparaban. Rosamunda con los continuos desdenes vino á enflaquecer, de manera que una noche la hallaron en una cámara del navío sepultada en perpetuo silencio: harto habian llorado, mas no dejaron de sentir su muerte compasiva y cristianamente: sirvióla el ancho mar de sepultura, donde no tuvo harta agua para apagar el fuego que causó en su pecho el gallardo Antonio, el cual y todos rogaron muchas veces á los cosarios que los llevasen de una vez á Irlanda, ó á Ibernia, si ya no quisiesen á Ingalaterra ó Escocia; pero ellos respondian, que hasta haber hecho una buena y rica presa no habian de tocar en tierra alguna, si ya no fuese á hacer agua, ó á tomar bastimentos necesarios. La bárbara Riela bien comprara á pedazos de oro, que los llevaran á Ingalaterra, pero no osaba descubrirlos, porque no se los robasen ántes que se los pidiesen. Dióles el capitán estancia aparte, y acomodóles de

manera que les aseguró de la insolencia que podían temer de los soldados.

Esta manera anduvieron casi tres meses por el mar de unas partes á otras; ya tocaban en una isla, ya en otra; y ya se salían al mar descubierto, propia costumbre de cosarios que buscan su ganancia, las veces que había calma, y el mar sosegado no les dejaba navegar. El nuevo capitán del navío se iba á entretener á la estancia de sus pasajeros, y con pláticas discretas y cuentos graciosos, pero siempre honestos, los entretenía, y Mauricio hacia lo mismo. Auristela, Transila, Ricla y Constanza mas se ocupaban en pensar en la ausencia de las mitades de su alma, que en escuchar al capitán ni á Mauricio: con todo esto estuvieron un día atentas á la historia que en este siguiente capítulo se cuenta que el capitán les dijo.

CAPITULO XXII.

Donde el capitán da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba á hacer en su reino el rey Policarpo.

Una de las islas que están junto á la de Ibernia me dió el cielo por patria; es tan grande que toma nombre de reino, el cual no se hereda ni viene por sucesion de padre á hijo; sus moradores le eligen á su beneplácito, procurando siempre que sea el mas virtuoso y mejor hombre que en él se hallare; y sin intervenir de por medio ruegos ó negociaciones, y sin que los soliciten promesas ni dádivas, de comun consentimiento de todos sale el rey, y toma el cetro absoluto del mando, el cual le dura mientras le dura la vida, ó mientras no se empeora en ella; y con esto los que no son reyes procuran ser virtuosos para serlo, y los que lo son, pugnan serlo mas para no dejar de ser reyes: con esto se cortan las alas á la ambicion, se atierra la codicia, y aunque la hipocresía suele andar lista, á largo andar se le cae la máscara y queda sin el alcanzado premio: con esto los pueblos viven quietos, campea la justicia y resplandece la misericordia: despáchanse con brevedad los memoriales de los pobres, y los que dan los ricos, no por serlo, son mejor despachados: no agobian la vara de la justicia las dádivas, ni la carne y sangre de los parentescos: todas las negociaciones guardan sus puntos y andan en sus quicios; finalmente, reino es donde se vive sin temor de los insolentes, y donde cada uno goza lo que es suyo. Esta costumbre, á mi parecer justa y santa, puso el cetro del reino en las manos de Policarpo, varón insigne y famoso, así en las armas como en las letras, el cual tenía cuando vino á ser rey, dos hijas de extremada belleza, la mayor llamada Policarpa, y la menor Sinforosa; no tenían madre, que no les hizo falta cuando murió sino en la compañía; que sus virtudes y agradables costumbres eran ayas de sí mismas, dando maravilloso ejemplo á todo el reino: con estas buenas partes, así ellas como el padre, se hacían amables, se estimaban de todos. Los reyes, por parecerles que la melancolía en los vasallos suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el pueblo y entretenido con fiestas públicas, y á veces con ordinarias comedias; principalmente solemnizaban el día que fueron asumptos al reino, con hacer que se renovasen los juegos, que los gentiles llamaban olímpicos, en el mejor modo que podían: señalaban premio á los corredores, honraban á los diestros, coronaban á los tiradores, y subían al cielo de la alabanza á los que derribaban á otros en la tierra.

Haciase este espectáculo junto á la marina en una es-

paciosa playa, á quien quitaban el sol infinita cantidad de ramos entretejidos, que la dejaban á la sombra: ponían en la mitad un suntuoso teatro, en el cual sentado el Rey y la real familia, miraban los apacibles juegos: llegóse un día destes, y Policarpo procuró aventajarse en magnificencia y grandeza en solemnizarle sobre todos cuantos hasta allí se habían hecho, y cuando ya el teatro estaba ocupado con su persona y con los mejores del reino, y cuando ya los instrumentos bélicos y los apacibles querían dar señal que las fiestas se comenzasen, y cuando ya cuatro corredores, mancebos ágiles y sueltos, tenían los piés izquierdos delante y los derechos alzados, que no les impedía otra cosa el soltarse á la carrera, sino soltar una cuerda que les servía de raya y de señal, que en soltándola habían de volar á un término señalado, donde habían de dar fin á su carrera: digo, que en este tiempo vieron venir por la mar un barco que le blanqueaban los costados el ser recién despalmado, y le facilitaban el romper del agua seis remos que de cada banda traía, impelidos de doce, al parecer, gallardos mancebos, de dilatadas espaldas y pechos, y de nervudos brazos: venían vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timon que venía de encarnado como marinero. Llegó con furia el barco á la orilla, y el encallar en ella y el saltar todos los que en él venían en tierra, fué una misma cosa: mandó Policarpo que no saliesen á la carrera, hasta saber qué gente era aquella, y á lo que venía, puesto que imaginó que debían de venir á hallarse en las fiestas, y á probar su gallardía en los juegos. El primero que se adelantó á hablar al Rey fué el que servía de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mejillas desembarazadas y limpias mostraban ser de nieve y de grana, los cabellos anillos de oro, y cada una parte de las del rostro tan perfecta, y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable: luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista, y aun los corazones de cuantos le miraron, y yo desde luego le quedé aficionadísimo. Luego dijo al Rey: Señor, estos mis compañeros y yo, habiendo tenido noticia destes juegos, venimos á servirte, y hallarnos en ellos, y no de lejas tierras, sino desde una nave que dejamos en la isla Scinta, que no está léjos de aquí; y como el viento no hizo á nuestro propósito para encaminar aquí la nave, nos aprovechamos desta barca y de los remos, y de la fuerza de nuestros brazos: todos somos nobles y deseosos de ganar honra; y por la que debes hacer, como rey que eres, á los extranjeros que á tu presencia llegan, te suplicamos nos concedas licencia para mostrar, ó nuestras fuerzas, ó nuestros ingenios, en honra y provecho nuestro y gusto tuyo. Por cierto, respondió Policarpo, agraciado jóven, que vos pedis lo que quereis con tanta gracia y cortesía, que sería cosa injusta el negároslo: honrad mis fiestas en lo que quisierdes, dejadme á mí el cargo de premiároslo, que segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperanza dejais á ninguno de alcanzar los primeros premios. Dobló la rodilla el hermoso mancebo, y inclinó la cabeza en señal de crianza y agradecimiento, y en dos brincos se puso ante la cuerda que detenía á los cuatro lijeros corredores: sus doce compañeros se pusieron á un lado á ser espectadores de la carrera; sonó una trompeta, soltaron la cuerda, y arrojáronse al vuelo los cinco; pero aun no habrían dado veinte pasos, cuando con mas de seis se les aventajó el recién venido, y á los treinta ya los llevaba de ventaja

mas de quince: finalmente, se los dejó á poco mas de la mitad del camino como si fueran estatuas inmóviles, con admiracion de todos los circunstantes, especialmente de Sinforosa, que le seguía con la vista, así corriendo como estando quedo, porque la belleza y agilidad del mozo era bastante para llevar tras sí las voluntades, no solo los ojos de cuantos le miraban. Noté yo esto, porque tenía los míos atentos á mirar á Policarpo, objeto dulce de mis deseos, y de camino miraba los movimientos de Sinforosa.

Comenzó luego la envidia á apoderarse de los pechos de los que se habían de probar en los juegos, viendo con cuánta facilidad se había llevado el extranjero el precio de la carrera. Fué el segundo certámen el de la esgrima: tomó el ganancioso la espada negra, con la cual á seis que le salieron, cada uno de por sí, les cerró las bocas, mosqueó las narices, les selló los ojos, y les santiguó las cabezas, sin que á él le tocasen, como decirse suele, un pelo de la ropa. Alzó la voz el pueblo, y de comun consentimiento le dieron el premio primero; luego se acomodaron otros seis á la lucha, donde con mayor gallardía dió de sí muestra el mozo; descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos y fortísimos pechos, y los nervios y músculos de sus fuertes brazos, con los cuales, y con destreza y maña increíble, hizo que las espaldas de los seis luchadores, á despecho y pesar suyo, quedasen impresas en la tierra; así luego de una pesada barra, que estaba hincada en el suelo, porque le dijeron que era el tirarla el cuarto certámen: sompesóla, y haciendo de señas á la gente que estaba delante para que le diesen lugar donde el tiro cupiese, tomando la barra por la una punta, sin volver el brazo atrás, la impelió con tanta fuerza, que pasando los límites de la marina, fué menester que el mar se le diese, en el cual bien adentro quedó sepultada la barra.

Esta monstruosidad, notada de sus contrarios, les desmayó los brios, y no osaron probarse en la contienda; pusieronle luego la ballesta en las manos y algunas flechas, y mostráronle un árbol muy alto y muy liso, al cabo del cual estaba hincada una media lanza, y en ella de un hilo estaba asida una paloma, á la cual habían de tirar no mas de un tiro los que en aquel certámen quisiesen probarse: uno que presumía de certero, se adelantó y tomó la mano, creo yo, pensando derribar la paloma antes que otro: tiró, y clavó su flecha casi en el fin de la lanza, del cual golpe azorada la paloma se levantó en el aire; y luego otro, no ménos presumido que el primero, tiró con tan gentil certería, que rompió el hilo donde estaba asida la paloma, que suelta y libre del lazo que la detenía, entregó su libertad al viento, y batió las alas con priesa: pero el ya acostumbrado á ganar los primeros premios disparó su flecha, y como si mandara lo que había de hacer, y ella tuviera entendimiento para obedecerle, así lo hizo, pues dividiendo el aire con un rasgado y tendido silbo, llegó á la paloma, y le pasó el corazón de parte á parte, quitándole á un mismo punto el vuelo y la vida. Renováronse con esto las voces de los presentes y las alabanzas del extranjero, el cual en la carrera, en la esgrima, en la lucha, en la barra y en el tirar de la ballesta, y en otras muchas pruebas que no cuento, con grandísimas ventajas se llevó los primeros premios, quitando el trabajo á sus compañeros de probarse en ellas.

Quando se acabaron los juegos, sería el crepúsculo de la noche, y cuando el rey Policarpo quería levantarse de su asiento con los jueces que con él estaban para premiar al vencedor mancebo, vió que puesto de rodillas ante él le dijo: Nuestra nave quedó sola y desamparada, la noche cierra algo oscura, los premios que puedo esperar, que por ser de tu mano se deben estimar en lo posible, quiero, ó gran señor, que los dilates hasta otro tiempo, que con mas espacio y comodidad pienso volver á servirte. Abrazóle el Rey, preguntóle el nombre, y dijo que se llamaba Periandro. Quitóse en esto la bella Sinforosa una guirnalda de flores con que adornaba su hermosísima cabeza, y la puso sobre la del gallardo mancebo, y con honesta gracia le dijo al ponerse: Cuando mi padre sea tan venturoso de que volvais á verle, veréis cómo no vendréis á servirle, sino á ser servido.

CAPITULO XXIII.

De lo que sucedió á la celosa Auristela, cuando supo que su hermano Periandro era el que había ganado los premios del certámen.

¡Oh poderosa fuerza de los celos, oh enfermedad que te pegas al alma de tal manera, que solo te despegas con la vida! Oh hermosísima Auristela, detente: no te precipites á dar lugar en tu imaginacion á esta rabiosa dolencia! pero ¿quién podrá tener á raya los pensamientos, que suelen ser tan lijeros y sutiles, que como no tienen cuerpo, pasan las murallas, traspasan los pechos, y ven lo mas escondido de las almas? Esto se ha dicho, porque en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Periandro, su hermano, y habiendo oído antes las alabanzas de Sinforosa, y el favor que en ponerle la guirnalda le había hecho, rindió el sufrimiento á las sospechas, y entregó la paciencia á los gemidos, y dando un gran suspiro y abrazándose con Transila, dijo: Querida amiga mia, ruega al cielo que sin haberse perdido tu esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro, ¿no le ves en la boca deste valeroso capitán, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento mas á los favores de una doncella, que á los cuidados que le debían dar los destierros y pasos desta su hermana? ¿Andase buscando palmas y trofeos por las tierras ajenas, y déjase entre los riscos y entre las peñas, y entre las montañas que suele levantar la mar alterada, á esta su hermana, que por su consejo y por su gusto no hay peligro de muerte donde no se halle?

Estas razones escuchaba atentísimamente el capitán del navío, y no sabía qué conclusion sacar dellas; solo paró en decir, pero no dijo nada, porque en un instante y en un momentáneo punto le arrebató la palabra de la boca un viento que se levantó tan súbito y tan recio, que le hizo poner en pié, sin responder á Auristela, y dando voces á los marineros, que amainasen las velas y las templeasen y asegurasen, acudió toda la gente á la faena: comenzó la nave á volar en popa, con mar tendido y largo por donde el viento quiso llevarla. Recogióse Mauricio con los de su compañía á su estancia, por dejar hacer libremente su oficio á los marineros. Allí preguntó Transila á Auristela, qué sobresalto era aquel que tal la había puesto, que á ella le había parecido haberle causado el haber oído nombrar el nombre de Periandro, y no sabía por qué las alabanzas y buenos sucesos de un hermano pudiesen dar pesadumbre. ¡Ay amiga, respondió Au-

ristela, de tal manera estoy obligada á tener en perpetuo silencio una peregrinacion que hago, que hasta darle fin, aunque primero llegue el dia de la vida, soy forzada á guardarle! En sabiendo quién soy, que si sabrás si el cielo quiere, verás las disculpas de mis sobresaltos, sabiendo la causa de do nacen; verás castos pensamientos acometidos, pero no turbados; verás desdichas sin ser buscadas, y laberintos que por venturas no imaginadas han tenido salida de sus enredos. ¿Ves cuán grande es el ñudo del parentesco de un hermano? pues sobre este tengo yo otro mayor con Periandro. ¿Ves ansimismo cuán propio es de los enamorados ser celosos? pues con mas propiedad tengo yo celos de mi hermano. ¿Este capitán, amiga, no exageró la hermosura de Sinforosa, y ella al coronar las sienes de Periandro, no le miró? Si, sin duda. ¿Y mi hermano no es del valor y de la belleza que tú has visto? ¿Pues qué mucho que haya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno que le haga olvidar de su hermana? Advierte, señora, respondió Transila, que todo cuanto el capitán ha contado sucedió ántes de la prision de la insula bárbara, y que despues acá os habeis visto y comunicado, donde habrás hallado que ni él tiene amor á nadie, ni cuida de otra cosa que de darte gusto; y no creo yo que las fuerzas de los celos lleguen á tanto, que alcancen á tenerlos una hermana de un su hermano. Mira, hija Transila, dijo Mauricio, que las condiciones de amor son tan diferentes como injustas, y sus leyes tan muchas como variables: procura ser tan discreta, que no apures los pensamientos ajenos, ni quieras saber mas de nadie de aquello que quisiere decirte: la curiosidad en los negocios propios se puede utilizar y atildar, pero en los ajenos que no nos importan, ni por pensamiento. Esto que oyó Auristela á Mauricio, la hizo tener cuenta con su discrecion y con su lengua, porque la de Transila, poco necia, llevaba camino de hacerle sacar á plaza toda su historia.

Amansó en tanto el viento, sin haber dado lugar á que los marineros temiesen, ni los pasajeros se alborotasen. Volvió el capitán á verlos y á proseguir su historia, por haber quedado cuidadoso del sobresalto que Auristela tomó oyendo el nombre de Periandro. Deseaba Auristela volver á la plática pasada, y saber del capitán si los favores que Sinforosa habia hecho á Periandro se extendieron á mas que coronarle, y así se lo preguntó modestamente, y con recato de no dar á entender su pensamiento. Respondió el capitán, que Sinforosa no tuvo lugar de hacer mas merced, que así se han de llamar los favores de las damas, á Periandro; aunque á pesar de la bondad de Sinforosa, á él le fatigaban ciertas imaginaciones que tenia de que no estaba muy libre de tener en

la suya á Periandro, porque siempre que despues de partido se hablaba de las gracias de Periandro, ella las subia y las levantaba sobre los cielos, y por haberle ella mandado que saliese en un navío á buscar á Periandro y le hiciese volver á ver á su padre, confirmaba mas sus sospechas. ¿Cómo, y es posible, dijo Auristela, que las grandes señoras, las hijas de los reyes, las levantadas sobre el trono de la fortuna, se han de humillar á dar indicios de que tienen los pensamientos en humildes sujetos colocados? Y siendo verdad, como lo es, que la grandeza y majestad no se aviene bien con el amor, ántes son repugnantes entre sí el amor y la grandeza, hase de seguir que Sinforosa, reina, hermosa y libre no se habia de cautivar de la primera vista de un no conocido mozo, cuyo estado no prometia ser grande el venir guiando un timon de una barca con doce compañeros desnudos, como lo son todos los que gobiernan los remos. Calla, hija Auristela, dijo Mauricio, que en ningunas otras acciones de la naturaleza se ven mayores milagros ni mas continuos que en las del amor, que por ser tantos y tales los milagros, se pasan en silencio, y no se echa de ver en ellos por extraordinarios que sean: el amor junta los cetros con los cayados, la grandeza con la bajeza, hace posible lo imposible, iguala diferentes estados, y viene á ser poderoso como la muerte. Ya sabes tú, señora, y sé yo muy bien la gentileza, la gallardía y el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes forman un compuesto de singular hermosura, y es privilegio de la hermosura rendir las voluntades, y atraer los corazones de cuantos la conocen; y cuanto la hermosura es mayor y mas conocida, es mas amada y estimada: así que, no sería milagro que Sinforosa, por principal que sea, ame á tu hermano, porque no le amaría como á Periandro á secas, sino como á hermoso, como á valiente, como á diestro, como á ligero, como á sugeto donde todas las virtudes están recogidas y cifradas. ¿Qué, Periandro es hermano desta señora? dijo el capitán. Sí, respondió Transila, por cuya ausencia ella vive en perpetua tristeza; y todos nosotros, que la queremos bien, y á él le conocimos, en llanto y amargura: luego le contaron todo lo sucedido del naufragio de la nave de Arnaldo, la division del esquife y de la barca, con todo aquello que fué bastante para darle á entender lo sucedido hasta el punto en que estaban; en el cual punto deja el autor el primer libro desta grande historia, y pasa al segundo, donde se contarán cosas que, aunque no pasan de la verdad, sobrepujan á la imaginacion, pues apenas pueden caber en la mas sutil y dilatada sus acontecimientos.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Donde se cuenta cómo el navío se volcó con todos los que dentro del iban.

PARCE que el autor desta historia sabia mas de enamorado que de historiador, porque casi este primer capítulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una difinicion de celos, ocasionados de los que mostró

tener Auristela por lo que le contó el capitán del navío; pero en esta traduccion, que lo es, se quita por prolija y por cosa en muchas partes referida y ventilada, y se viene á la verdad del caso, que fué, que cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos dando por mensajeros á los relámpagos, tras quien se siguen, comenzaron á turbar los marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la

nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros; y así á un mismo tiempo les cogió la turbacion y la tormenta; pero no por esto dejó cada uno de acudir á su oficio, y á hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para excusar la muerte, para dilatar la vida: que los atrevidos que de unas tablas la fian, la sustentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila su hija, Antonio con Riela y con Constanza su madre y hermana: solo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana y católica religion, que con muchas véras procuraba guardar, y así se recogió entre ellos, y hechos un ñudo, ó por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar así hasta la postrera parte del navío, por excusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse, unas veces tocar el cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo: esperaban la muerte cerrados los ojos, ó por mejor decir, la temian sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga, es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas y salud, es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del capitán, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oian voces que mandaban hágase esto ó aquello, sino gritos de plegarias y votos que hacian y á los cielos se enviaban; y llegó á tanto esta miseria y estrechez, que Transila no se acordaba de Ladislao, Auristela de Periandro; que uno de los efectos poderosos de la muerte es borrar de la memoria todas las cosas de la vida; y pues llega á hacer que no se sienta la pasion celosa, téngase por dicho que puede lo imposible. No habia allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban; todo era confusion, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitán, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los mas de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente á pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun á visitar las mas altas gavias, las cuales tambien ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente, al parecer del dia, si se puede llamar dia el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder á un bajel: finalmente, combatida de un huracan furioso, como si la volvieran con algun artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban. Adios, castos pensamientos de Auristela, adios, bien fundados desinos: sosegáos, pasos tan honrados como santos, no espereis otros mauseolos, ni otras pirámides, ni agujas, que las que os ofrecen esas mal breadas tablas. Y vos, ó

Transila, ejemplo claro de honestidad, en los brazos de vuestro discreto y anciano padre podeis celebrar las bodas, si no con vuestro esposo Ladislao; á lo ménos con la esperanza que ya os habrá conducido á mejor tálamo: y tú, ó Riela, cuyos deseos te llevaban á tu descanso, recoge en tus brazos á Antonio y á Constanza, tus hijos, y ponlos en la presencia del que agora te ha quitado la vida, para mejorártela en el cielo. En resolución el volcar de la nave, y la certeza de la muerte de los que en ella iban, puso las razones referidas en la pluma del autor desta grande y lastimosa historia, y ansimismo puso las que se oirán en el siguiente capítulo.

CAPITULO II.

Donde se cuenta un extraño suceso.

Parece que el volcar de la nave volcó, ó por mejor decir, turbó el juicio del autor desta historia, porque á este segundo capítulo le dió cuatro ó cinco principios, casi como dudando qué fin en él tomara: en fin, se resolvió, diciendo, que las dichas y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no hay medio que las divida: andan el pesar y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera y el alegre que se confía, como lo da fácilmente á entender este extraño suceso: sepultóse la nave, como queda dicho, en las aguas; quedaron los muertos sepultados sin tierra, deshiciéronse sus esperanzas, quedando imposible á todos su remedio; pero los piadosos cielos, que de muy atras toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenaron que la nave fuese llevada poco á poco de las olas, ya mansas y recogidas, á la orilla del mar en una playa, que por entonces su apacibilidad y mansedumbre podia servir de seguro puerto, y no léjos estaba un puerto capicísimo de muchos bajeles, en cuyas aguas, como en espejos claros, se estaba mirando una ciudad populosa, que por una alta loma sus vistosos edificios levantaba.

Vieron los de la ciudad el bulto de la nave, y creyeron ser el de alguna ballena ó de otro gran pescado que con la borrasca pasada habia dado al traves: salió infinita gente á verlo, y certificándose ser navío lo dijeron al rey Policarpo, que era el señor de aquella ciudad, el cual acompañado de muchos, y de sus dos hermosas hijas Policarpa y Sinforosa salió tambien, y ordenó que con cabestrantes, con tornos y con barcas, con que hizo rodear toda la nave, la tirasen y encaminasen al puerto. Saltaron algunos encima del buco, y dijeron al Rey que dentro dél sonaban golpes, y aun casi se oian voces de vivos. Un anciano caballero que se halló junto al Rey, le dijo: Yo me acuerdo, señor, haber visto en el mar Mediterráneo, en la ribera de Jénova, una galera de España, que por hacer el cur con la vela, se volcó, como está agora este bajel, quedando la gavia en la arena y la quilla al cielo, y ántes que la volbiesen ó enderezasen, habiendo primero oido rumor, como en este se oye, aserraron el bajel por la quilla, haciendo un buco capaz de ver lo que dentro estaba; y el entrar la luz dentro y el salir por él el capitán de la misma galera y otros cuatro compañeros suyos, fué todo uno. Yo vi esto, y está escrito este caso en muchas historias españolas, y aun podría ser viviesen agora las personas que segunda vez nacieron al mundo del vientre desta galera, y si aquí sucediese lo mismo, no se ha de tener á milagro, sino á misterio; que los milagros suceden fuera del órden de